

7

El cuento de los
Mendigos



POR GENTILEZA DE



© 2009 por Escuelas de Misterios Ediciones, SL
Gran Vía 617 Bajos 3º. 08007 Barcelona (España)
Tel: +34 3 302 74 76 - Fax: +34 3 302 38 55
E-mail: info@escuelasdemisterios.es
www.escuelasdemisterios.es

Primera edición: febrero 2006

Asesor editorial: Enrique San Juan
Diseño gráfico y maquetación: Community Internet, SL
Corrección de estilo y tipográfica: Núria Viver Barri

Adquiera este y otros libros a través de: **www.iniciatica.com**

Impreso en España

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, fotocopias, registros u otros métodos, salvo breves extractos a efectos de reseña, sin la autorización previa y por escrito del editor.

7 El cuento de los Mendigos

POR GENTILEZA DE



www.escuelasdemisterios.es

Hace mucho tiempo, había un país sacudido por las guerras. Mientras los hombres del pueblo, guiados por los soldados, iban al encuentro del enemigo, éste entró a la ciudad por un sitio inesperado y encontró sin defensa a las mujeres y los niños, que huyeron a los bosques mientras sus casas eran saqueadas e incendiadas.

En la confusión de la huida, dos mujeres perdieron a sus hijos; una de ellas a un niño y la otra a una niña. Ambos se habían criado juntos y así continuaron, solos y errantes por el bosque.

Al principio, no se dieron cuenta de su situación y pasaron muchas horas entre juegos y risas, recolectando piedrecillas y flores, pero al caer la tarde el hambre comenzó a atormentarlos. Tomados de la mano, buscaron en vano algún alimento. En eso, les salió al encuentro un mendigo que llevaba una bolsa con provisiones al hombro.

Los niños le pidieron algo de comer y le rogaron que no los abandonase. El mendigo sacó de su talego pan y otras vituallas y comieron hasta saciarse. Después les dijo que continuaran su camino porque, desdichadamente, no podía acompañarlos. Entonces los niños se dieron cuenta de que el mendigo era ciego y se preguntaron por qué milagro se habían encontrado con él. Antes de partir, el ciego los bendijo de este modo:

— Quiera el Cielo que seáis como yo.

Los niños pasaron la noche bajo un árbol y, al día siguiente, continuaron su camino. Horas después, el hambre volvió a atormentarlos. En ese instante, salió a su encuentro otro mendigo, también con una alforja repleta. Ambos le rogaron que les diese algo para comer, pero el mendigo no parecía entenderlos, hasta que se percataron de que era sordo. Pero de algún modo, el mendigo comprendió que tenían hambre, y les dio de comer todo cuanto quisieron. También le pidieron por señas que no los dejase solos, pero él les respondió que le era imposible acompañarlos y los despidió con estas palabras:

— Quiera el Cielo que seáis como yo.

La historia se repitió en los días que siguieron; la tercera vez encontraron a un mendigo tartamudo, cuyas palabras apenas se entendían; la cuarta, a un mendigo con el cuello torcido; la quinta vez, a uno jorobado; la sexta, a uno con las manos tullidas; la séptima a un mendigo cojo. Todos les dieron de comer abundantemente y los despidieron con la misma frase.

Después de varios días de camino, llegaron a una aldea. Fueron de puerta en puerta pidiendo el sustento y se fueron de allí tan bien provistos que no pudieron llevárselo todo. Entonces decidieron seguir juntos de pueblo en pueblo y mendigar de puerta en puerta dondequiera que llegasen.

Pronto se hicieron muy conocidos en todas partes. Se los podía encontrar en cada aldea, unidos a los demás mendigos, y atraían a la gente por su dulzura y buen carácter. No había nadie en el país que no conociera a los

niños abandonados y no los ayudara y protegiera en lo posible.

Así fueron creciendo hasta convertirse en una pareja de adolescentes bellos y amables. En uno de los villorrios en los que más amigos tenían, se celebraba una gran fiesta popular. Había diversiones y juegos de todas clases y comida de sobra. Todos los mendigos eran bien acogidos y se les obsequiaban alimentos, vestidos y dinero. Los aldeanos y los demás mendigos recibieron amistosamente a los jóvenes y, en la alegría de la fiesta, se le ocurrió a alguien la idea de casarlos.

A los jóvenes les gustó la proposición; estaban juntos desde la más tierna infancia y juntos querían continuar a lo largo de su vida. Sólo tenían una preocupación: dónde y cuándo celebrar sus bodas. Los mendigos acordaron que lo mejor era esperar al cumpleaños del rey, pues en esa ocasión las fiestas se prolongarían durante siete días, la comida sería mucho más abundante y dispondrían de todo lo necesario.

Así se hizo. Los mendigos prepararon para los jóvenes un lugar donde celebrar sus bodas durante aquellos siete días; las piedras serían sus asientos, las flores del bosque los adornos y construirían el baldaquino nupcial con olorosas ramas de árboles.

Todos sentían una enorme alegría. Durante la fiesta, los novios recordaron el día en que, perdidos en el bosque y hambrientos, se encontraron con el mendigo ciego, el primero que los alimentó y consoló, y expresaron su deseo de volver a verlo. Entonces apareció una figura encorvada y envuelta en sus vestidos.

— Heme aquí —les dijo, y reconocieron al mendigo ciego—. He venido para daros mi regalo de bodas. Cuando erais muy chicos, os bendije diciendo: “Quiera el Cielo que seáis como yo”. Hoy quiero repetirla y añadir el deseo de que tengáis una vida tan larga como la mía. Hasta hoy habéis creído que soy ciego, pero no es así, sino que las cosas terrenales no despiertan mi interés ni atraen mi atención y por eso no las miro. Soy muy anciano y a la vez muy joven, pero aún no he comenzado a vivir. No estoy loco ni desvarío. Esto me ha sido otorgado y revelado por la gran águila, y voy a contaros cómo:

Historia del mendigo ciego

Hace tiempo, varios hombres equiparon un barco y emprendieron una larga travesía. A los pocos días, se desató una terrible tormenta y el barco naufragó. Nada pudieron salvar excepto sus vidas y, por suerte para ellos, llegaron a nado hasta una isla. En medio de ésta, se alzaba una torre, en la cual no encontraron ser viviente alguno, pero sí lo necesario para el sustento de todos. Llegada la noche y agotados por tantas vicisitudes, se recostaron en torno a una hoguera. Uno de ellos propuso que cada cual contara el acontecimiento más antiguo que pudiera recordar. Todos aceptaron y rogaron al de mayor edad del grupo que fuera el primero en narrar su historia. Era un hombre con vasta experiencia como marinero y preguntó:

— ¿Qué podría contaros? Recuerdo hasta el día en que la manzana se desprendió del árbol.

Entonces habló el segundo en edad:

— Pues yo recuerdo incluso el día en que comenzó a brillar la luz.

El tercero en edad dijo a su vez:

— Y yo recuerdo el día en que comenzó a formarse el fruto.

El cuarto repuso:

— Mis recuerdos llegan hasta el día en que ocurrió la fecundación.

El quinto intervino:

— Recuerdo como si fuera hoy el momento en que el sabor de la fruta entró en la semilla.

— Y yo —dijo el sexto— cómo entró el olor de la fruta a la semilla.

— Y yo —dijo el séptimo— cómo la semilla cobró forma de fruta.

Pero yo —continuó el mendigo ciego— que era entonces sólo un chiquillo, les dije: “Pues yo recuerdo todos esos hechos y también me acuerdo de la nada anterior”.

Todos quedaron estupefactos al escuchar que los más jóvenes eran los que tenían los recuerdos más antiguos y que el que era casi un niño tenía el más antiguo de todos. Entonces llegó volando la gran águila, llamó a la puerta de la torre y los convocó a todos según su edad, pero indicó al más joven que fuera al frente, pues era el de recuerdos más antiguos y sabiduría. Reunidos todos, el águila habló:

— Podéis acordaros de cómo salisteis del seno mater-

no y de cómo crecisteis dentro de él, porque en la mente del niño brilla una luz, o de cómo se formaron vuestros miembros en el vientre de la madre; podéis acordaros del momento en que fue fecundada vuestra madre; podéis también recordar vuestro espíritu, vuestra alma, vuestra chispa vital antes de que entraran en el embrión. Pero este chiquillo os aventaja, porque en lo más hondo de su mente aún palpita el recuerdo de las tinieblas que precedieron al comienzo, y el aleteo en el umbral del ser aún resuena en su memoria, de la que no se ha borrado el soplo de la Nada. Por todo eso, se mueve en el abismo de la eternidad como en su propia casa.

El águila hizo una pausa y continuó:

— Ser pobre y alimentarse en la mesa ajena será el camino que os llevará a volveros hacia los tesoros que os han sido dados. Vuestros cuerpos fueron destruidos cuando naufragó vuestro barco. Serán reconstruidos y retornaréis al mundo.

Entonces el águila se dirigió a mí con una voz que provenía de lo alto:

— Ven conmigo y estaré contigo por dondequiera que vayas. Eres como yo mismo, anciano y a la vez joven, y no has comenzado a vivir. Así debes seguir siendo.

El mendigo ciego calló durante unos instantes y al fin dijo:

— Es esto, queridos hijos, lo que hoy os ofrezco como regalo de bodas; que seáis como yo.

Al terminar su historia el mendigo ciego, quedaron todos arrebatados de alegría; sólo los corazones de los novios permanecieron serenos ante el milagro.

Al segundo día de las bodas, en medio de sus felices invitados, los desposados pensaban en el segundo mendigo —el sordo— que los había alimentado cuando erraban por el bosque. De repente, lo vieron aparecer ante sus ojos. “¿Cómo habrá llegado sin ser advertido?”—se preguntaban, cuando el mendigo habló:

Historia del mendigo sordo

— He venido atraído por vuestros pensamientos y quiero repetir la bendición que una vez pronuncié sobre vosotros, que fueseis como yo. Creéis que soy sordo, pero no es cierto. Es que solamente puedo escuchar los incesantes llantos, necesidades y gritos de dolor del mundo entero. Pues cada criatura es hija del dolor. Pero no todos ellos me conmueven, ni mi corazón se llena de la angustia de los seres creados. Con el pan que como y el agua que bebo, tengo bastante. Sin embargo, conozco las quejas de los que viven en la riqueza y la abundancia. Un día fueron convocados, y yo estaba entre ellos; cada uno se vanagloriaba de la vida holgada y llena de comodidades que llevaba en su país.

— Vuestra vida es un mal ejemplo comparada con la mía —les dije.

Entonces se fijaron en mis harapos y en mi bolsa de mendigo, y se rieron de mí como de un necio.

— Os invito a probar qué tipo de vida es la mejor—y al ver sus rostros interrogantes, les conté lo siguiente:

— Conozco un país que una vez fue un maravilloso jardín en el que crecían los frutos más hermosos de la tierra. Los habitantes del lugar, gente sencilla y virtuosa, disfrutaban de la vista, el aroma y el delicioso sabor de aquellas flores y frutos, y creían que no existía nada mejor en el mundo, y que nada podría alterar sus dichosas vidas. Un jardinero, lleno de sabiduría, cuidaba de aquel territorio y sabía hacerlo prosperar. Pero una noche, el jardinero desapareció. Las cosechas mermaron, la mala hierba cubrió los sembrados y la antigua prosperidad vino a menos, aunque a los pobladores no les faltó lo esencial para vivir, y así hubieran podido continuar de no sobrevenir una nueva desgracia. Pues un rey vecino muy cruel invadió aquel país y, envidioso de sus fértiles tierras, decidió arruinarlas, y pensó que la mejor forma de lograrlo consistía en corromper a los habitantes del país. Entonces ordenó a sus tres súbditos más perversos y malvados que vivieran entre ellos y les contagiaran toda clase de vicios.

De ese modo, prosperaron en el país el engaño, el crimen y la prostitución, y se apagó en los hombres la antigua inocencia. En sus ojos y sus palabras, había sólo amargura y odio, y nadie más se ocupó del jardín. Ahora os invito a vosotros, que nadáis en la abundancia, a acudir allí a socorrer a ese desdichado pueblo con una parte de las riquezas que os sobran.

Todos accedieron a viajar conmigo al país en desgracia, pero cuando llegamos, el espectáculo era tan horrible y desolador que su sola vista trastornó a mis acompañantes. Entonces les dije:

— Ya veis claramente que vuestras riquezas nada pueden hacer por estos infelices.

Entonces congregué a todos aquellos infortunados y repartí entre ellos el pan y el agua que llevaba en mi bolsa. El amor con el que eran dados los invadió a todos y creyeron saborear en el pan y el agua las comidas y bebidas más deliciosas del mundo. Sus corazones fueron recobrando la pureza y la luz perdidas y, cuando adquirieron conciencia del mal que les habían hecho, se rebelaron contra el rey tirano y apresaron a sus corrompidos servidores. Y he aquí que el jardinero que había desaparecido regresó al país y restableció la antigua prosperidad.

Así todos aquellos que me habían acompañado pudieron ver cómo el amor y la sencillez que guiaban mi vida habían salvado al país, y reconocieron su poder. Ahora, hijos míos —añadió el mendigo sordo dirigiéndose a los jóvenes esposos—, como regalo de bodas, os deseo que lleguéis a ser como yo —y dicho esto, se esfumó discretamente y los festejos continuaron.

Al tercer día, ambos desposados comenzaron a pensar en el tercer mendigo que les había socorrido en el bosque.

— Si supiéramos dónde está —comentaban entre sí—, lo invitaríamos a compartir nuestra alegría. De repente, apareció ante sus ojos, como salido de la tierra, y así habló:

Historia del mendigo tartamudo

— Una vez os bendije diciendo que pudierais ser como yo. Ahora voy a revelaros el significado de mi bendición. Creéis que soy tartamudo, pero no es cierto, sino que los sonidos mundanos, que no expresan los designios de Dios, son indignos de contener la verdadera palabra y suenan en mi boca como sílabas inconexas. Me ha sido otorgado el don de la palabra y conozco los cantos más sublimes. No hay nadie que no quede arrobado al escucharlos y, en cada uno de ellos, se encierra una sabiduría mayor que toda la sabiduría de este mundo. Pues esto me ha sido revelado por boca del Ungido, del hombre de Gracia y de Paz. Yo recorro la tierra y recojo toda buena acción y toda obra caritativa y las llevo ante él, y de todas esas buenas obras nace el tiempo y se renueva en su eterno fluir. Pues el tiempo no existe por sí mismo, sino que es una cosa creada a partir de los actos de las almas. Voy a contaros la historia de las historias, la leyenda de las leyendas que contiene la primera de todas las verdades: junto al último abismo del espacio, hay una montaña y, en la montaña, hay una roca de la cual brota una fuente. Sabed también que todas las cosas del mundo tienen un corazón y que el propio universo tiene también uno. Esa montaña con la roca y la fuente se encuentra en uno de los límites del espacio, allí donde comienza el último abismo. Y el corazón del universo está en el otro límite del espacio, allí donde termina el último abismo. Y el corazón del universo se halla frente a la fuente y

su vista la busca más allá de la plenitud del espacio y de todas las cosas que están en el espacio, y anhela con vehemencia llegar hasta ella. Y el corazón del universo clama eternamente por la fuente, pero está tan cansado que muy pronto quiere descansar un poco y aliviarse de su angustia. Entonces acude un gran pájaro y extiende sus alas sobre él para que repose a su sombra, pero aun en el descanso siente la presencia de la fuente y ansía verla. Al reponerse, intenta de nuevo alcanzarla, pero no hace más que intentarlo, pues la montaña desaparece ante su vista y ya no puede ver la fuente. Si dejara de verla para siempre, moriría sin duda, pues toda su vida depende de la fuente y del anhelo de llegar a ella. Y si muriera, sucumbiría el mundo entero, porque la vida de todos los seres depende de él y sólo por él permanece. Y sucede que, cuando deja de ver la montaña y la fuente, el ansia de ver a esta última se hace más fuerte que el ansia de alcanzarla, y el corazón del universo regresa al sitio de donde había salido. Como la fuente existe más allá del tiempo y le resulta imposible adquirir una existencia temporal por sí misma, queda eternamente cerrada en su atemporalidad y no puede abrirse al corazón del universo. Pero mediante dicho corazón, la fuente logra periódicamente adquirir vida temporal, porque el corazón del universo le regala un día como un don precioso. Cuando ese día se acerca a su fin y las luces declinan, el corazón y la fuente se dicen uno a otra palabras de amor y de despedida, y se escuchan los cantos del eterno anhelo. El corazón del universo queda en gran desasosiego y quiere morir, porque no puede darle más que un día y lo invade el miedo

de que la fuente le sea arrebatada para siempre más allá del tiempo. Pero el hombre de Gracia y de Paz vela por ellos y, cuando la noche trae la separación de ambos y se escucha el doloroso canto, le regala un nuevo día al corazón del universo y éste lo regala a su vez a la fuente. Pero sabed que el tiempo que concede el hombre de Gracia y Paz lo obtiene de mis manos. Pues en mi viaje por toda la tierra recojo todas las buenas acciones y obras caritativas y sobre ellas pronuncio las palabras de la Gran Unificación. Entonces se convierten en melodías que entrego al hombre de Gracia y de Paz, y él crea de ellas el tiempo. Porque el tiempo nace de la melodía y ésta a su vez de la Gracia. De este modo, los días brotan del canto y llegan al corazón del universo y de éste a la fuente. De ahí proviene la duración del mundo, aunque su anhelo nunca se extingue. Sin embargo, mi alma está siempre llena de la palabra y del canto. Éste es mi regalo de bodas, hijos míos, que lleguéis a ser como yo.

Muy unidos y llenos de dicha escucharon los jóvenes el discurso del tercer mendigo, y sus almas entonaron un cántico silencioso de alabanza.

En la mañana del cuarto día, recordaron los esposos al mendigo del cuello torcido que también los había socorrido, y he aquí que apareció ante ellos sin saberse cómo había llegado y les habló:

Historia del mendigo del cuello torcido

— He venido, queridos hijos, a renovaros hoy la bendición que pronuncié sobre vosotros aquel día en el bosque. ¿Creéis que en verdad tengo el cuello torcido y no puedo miraros a los ojos? Pues no es así, sino que aparto mi mirada de las vanidades humanas y no mezclo mi aliento con el de los vanidosos. Mi garganta y mi cuello están constituidos de tal modo que puedo imitar todos los sonidos del universo diferentes de las palabras, y no existe ninguno que yo no pueda reproducir. Esto ha sido testificado por los habitantes del reino de la música. Pues existe un país cuyos pobladores saben tocar los más variados instrumentos y entonar cualquier clase de cantos, y hasta el balbuceo de los niños suena como una maravillosa canción. Cada uno reúne en su garganta voces de distintos registros y es capaz de cantar con todas ellas.

En una ocasión, los más sabios del país conversaban sobre las múltiples voces que vivían en ellos, y comentaban que, no sólo los sonidos propios de los seres vivos pugnaban por alcanzar vida y plenitud a través de sus gargantas, sino también las almas del arpa y de la viola hablaban por sus bocas. Entonces yo, que hasta el momento los había escuchado en silencio, les dije:

— Mi voz posee las mismas cualidades que las de todos vosotros y aun las supera, porque posee tonos y registros que nunca habéis oído y ni siquiera sospecháis. Pues en el origen de los tiempos, a todos los seres a los

que no les fue otorgado el don de la palabra, se les concedió la posibilidad de expresarse a través de mí y de entonar por mi mediación el canto que revelaba lo más profundo de sus corazones. Y si queréis comprobarlo y comparar mis dotes con las vuestras, así lo haremos. Hay dos reinos que distan entre sí miles de millas. Cuando llega la noche, los habitantes de esos reinos no pueden dormir, sino que se asoman por las murallas circundantes o deambulan junto a ellas, y es tan amargo el clamor de hombres y mujeres, de niños y ancianos, que conmueve a todos los seres; los animales aúllan, los árboles sollozan, las aguas corren entre tristes murmullos y hasta de las piedras se eleva un doloroso lamento. ¡Dignaos, sabios maestros, ayudar a esos tristes reinos dominando con vuestras voces sus amargos clamores! Preparaos y os conduciré hasta ellos.

Así lo hicimos y llegamos al primero de los reinos cuando atardecía. No hicimos más que pisar la frontera, cuando mis acompañantes comenzaron ellos mismos a proferir tristes lamentos y sus voces se unieron al coro de los habitantes del lugar.

— Ya veis —les dije entonces— que vuestras grandes dotes y vuestra sabiduría sucumben ante la fuerza del dolor. Voy a explicaros cómo ha ocurrido esto: hay dos pájaros, macho y hembra, que son únicos en su especie y en el mundo no hay ningún otro igual. Un día se separaron y no pudieron volver a encontrarse. Desde entonces se buscan angustiados y, cuando creen que van a lograrlo, vuelan confundidos en direcciones opuestas y gritan de dolor hasta que se desploman agotados y

sin más esperanzas de reencontrarse. Y he aquí que cada uno habita en uno de los dos reinos, separados por miles de millas de distancia. Durante la noche, cada uno lanza al viento su doloroso clamor de añoranza por el otro. Al llegar la mañana, todos los pájaros de los bosques cercanos se reúnen en torno a cada uno de ellos e intentan consolarlos con mil arrullos y gorjeos y a cada uno le aseguran que algún día se reunirá con su cónyuge. De este modo, sus corazones se calman durante el día, pero al caer la noche, cuando los pájaros que los acompañan se marchan en bandada, cada uno siente con mayor intensidad cuán solo está en el mundo y comienza a lamentarse amargamente. Este clamor se escucha cada vez más lejos y con más fuerza, y nada ni nadie puede sustraerse a su dolor ni evitar sumarse a sus lamentos, pues hasta las piedras mismas se conmueven. El triste coro va creciendo y canta la desdicha de todos los seres. De este modo, ambos reinos lloran día y noche.

— ¡Vaya! —exclamaron los maestros—. ¿Y te crees capaz de ayudarles?

— ¡Sin duda que lo soy! En mí viven las voces y los sonidos que emiten todas las cosas del universo, y cada una me ha contado sus penas y alegrías. Por ello, mientras que vuestra compasión y vuestra energía han sido vencidas por el dolor, las mías se disponen a luchar contra él.

Dicho esto, y para librarlos del hechizo del dolor, conduje a los sabios y maestros a un lugar distante, situado entre los campos que separaban ambos reinos. Entonces, empleando mis poderes, imité el canto de ambos pájaros; primero la del macho, que hice llegar a la hem-

bra; después la de la hembra, que envié hacia el macho. Cuando cada uno de ellos oyó la voz del otro, quedaron mudos y temblorosos, sin poder moverse de sus respectivas ramas. Pero mis llamados, imitando sus voces, no cesaban, y al fin ambos emprendieron el vuelo, cada uno orientado por la voz del otro, hasta que se encontraron precisamente en el lugar en el que me hallaba junto a los sabios. Su mutua alegría fue indescriptible y nunca más se les oyó llorar. Por eso, hijos míos, os traigo como regalo de bodas mi bendición, que seáis como yo.

Las palabras bondadosas del mendigo llegaron al corazón de ambos jóvenes y encendió en ellos el deseo de ayudar siempre a los seres vivientes.

Al quinto día, irrumpió en medio de su felicidad el recuerdo del quinto mendigo, el jorobado, y desearon con gran fuerza verlo en su fiesta de bodas. De pronto apareció ante ellos y, tomando entre las suyas las manos de ambos desposados, los saludó así:

— Aquí estoy, hijos míos, para traeros mi bendición como regalo nupcial. Es la misma que os di cuando erais niños, que lleguéis a ser como yo.

Historia del mendigo jorobado

— ¿Creéis que soy jorobado? Pues no es así; mi aspecto es sólo vanidad e ilusión, pero proviene del hecho de que llevo sobre mis espaldas todas las cargas del mundo.

Mi espalda es recta y fuerte, y posee el don de lo pequeño que dobliga a lo grande. Sobre ella llevo todas las penas, angustias y miserias del universo. Todo eso lo cargo sobre mis hombros.

Una vez, se reunieron los mayores sabios del mundo para indagar quién poseía el don de lo pequeño que vence y domina a lo grande. Uno de ellos dijo:

— Mi mente es lo pequeño que somete a lo grande, pues en ella llevo las necesidades de miles y miles de seres humanos que dependen de mí. Con ayuda de mi mente, los alimento y los proveo de cuanto necesitan.

Los demás se echaron a reír meneando sus cabezas. Entonces habló otro de ellos:

— Mi palabra es lo pequeño que somete a lo grande. He sido destinado por el Gran Rey a recoger todos los cantos de alabanza, todas las peticiones y quejas, todas las palabras de gratitud y toda palabra dicha en voz alta, murmurada o tan siquiera pensada en silencio y a llevarlas ante Él a través de las mías. Y mi palabra las contiene a todas, las expresa y las supera.

Los demás se echaron de nuevo a reír meneando sus cabezas. Entonces habló un tercero:

— Mi silencio es lo pequeño que somete a lo grande. Por doquier se levantan contra mí los mentirosos y blasfemos, y murmuran contra mí e intentan avergonzarme y destruirme con sus ofensas y calumnias. Pero yo callo ante ellos, y mi silencio vence sus palabras malignas.

Los demás volvieron a reír meneando sus cabezas. Entonces habló el cuarto:

— Mi vista es lo pequeño que vence a lo grande. Con mis ojos, abarco todos los movimientos, danzas y torbellinos del mundo, al cual conduzco y oriento. De este modo, mi vista guía a ese gran ciego que es el mundo, y capto y presido todas sus acciones.

Los demás sabios callaron y miraron con respeto al que había hablado. Entonces yo intervine:

— Éste es el mayor entre vosotros, pero yo soy mayor que él. A mí me pertenece el verdadero don de lo pequeño que vence a lo grande, pues llevo sobre mis espaldas todas las cargas del mundo. Para que lo entendáis mejor, voy a revelaros algo: es sabido que cada animal conoce un lugar seguro donde guarecerse y cada pájaro conoce una rama donde posarse pero, ¿sabíais acaso que hay un árbol que sirve de refugio a todas las criaturas? Los animales descansan a su sombra y las aves en sus ramas.

— Lo hemos escuchado de nuestros abuelos —respondieron los sabios—, y tenemos entendido que todas las alegrías de la vida de nada valen comparadas con la dicha que se siente al reposar junto a ese árbol, pues todos los seres vivos están allí hermanados y juegan a su sombra. Pero no tenemos idea de cómo llegar hasta él. Unos dicen que habría que buscarlo hacia el este, otros que hacia el oeste y no sabemos a cuál hacer caso.

Entonces les dije:

— ¿Por qué comenzáis por averiguar cómo llegar allí? Deberíais saber primero quiénes y cómo son los hombres dignos de hacerlo. Escuchadme, ese árbol tiene tres raíces de las que provienen sus dones. Una raíz se llama fe, otra se llama fidelidad y la tercera se llama humildad.

La verdad es el tronco del árbol. Sólo quien reúna los dones propios de todas ellas podrá llegar a él.

Los maestros decidieron entonces esperar a que todos y cada uno de ellos reunieran las virtudes necesarias, pues a algunos les faltaba una u otra. De este modo, se esforzaron en adquirirlas y en practicarlas, y llegaron a un estado de gran perfección. En el instante en que esto sucedió, recibieron la revelación del camino que debían seguir y partieron. Yo los acompañaba, y caminamos durante muchos días hasta que vimos a lo lejos el árbol. Pero asombrosamente estaba a la vez en un sitio y en ninguno, separado del espacio, de modo que los sabios desesperaron de poder llegar hasta él. Entonces volví a hablarles:

— Puedo conducirlos hasta el árbol, porque está más allá del espacio, y yo, que llevo sobre mi espalda todas las cargas del mundo, poseo el don de lo pequeño que domina a lo grande y mi alma ha superado los límites del espacio. Aquí donde estoy terminan esos límites y sólo un paso basta para entrar allí donde el espacio ya no existe. Entremos ahora juntos.

Así lo hicimos y pudimos experimentar la dicha inefable que irradia del árbol. Hoy, hijos míos, quiero renovaros mi bendición como regalo de bodas, y os deseo que seáis como yo.

Día a día iba creciendo la felicidad de los jóvenes esposos, pero al sexto día recordaron al mendigo de las manos tullidas y desearon con todo su corazón invitarlo a compartir su dicha. Entonces el mendigo apareció ante ellos y les dijo:

— Vengo a renovar la bendición que un día pronuncié sobre vosotros. ¿Creéis que mis manos están tullidas e inútiles? No es así. En realidad, puedo usarlas para cualquier cosa, salvo para oprimir al pobre o dejar de ayudar al que sufre. Mis manos son fuertes y ágiles, y actúan en lo más distante y en lo más profundo. Y os contaré lo que han conseguido:

Historia del mendigo de las manos tullidas

En una ocasión, se reunieron los hombres más fuertes de la tierra y cada uno exaltó ante los demás el poder de sus manos.

— Soy capaz de atrapar flechas al vuelo —dijo uno de ellos— y devolverlas al punto de partida, y puedo hacer retroceder la flecha que ya ha alcanzado su destino y anular sus efectos, si ha sido envenenada y ha herido a alguien.

Entonces intervine:

— ¿Sobre qué tipo de flechas te ha sido dado ese poder? Pues existen diez clases de flechas, untadas con diez clases de venenos.

Él explicó cuáles eran las flechas sobre las que tenía poder. Entonces volví a hablar:

— En ese caso, no podrías salvar a la hija del rey, porque no eres capaz de arrancar de su corazón las diez flechas.

Otro de los fuertes habló:

— Puedo abrir con mis manos las rejas de las cárceles, y los cerrojos de sus puertas estallan, si los toco solamente con mi dedo.

— ¿Qué tipo de rejas abres? —le pregunté—, pues es sabido que existen diez clases de rejas, y los cerrojos de sus puertas son de diez formas distintas.

Él explicó cuáles eran las rejas y cerrojos sobre los que su poder actuaba.

— En ese caso, no podrías salvar a la hija del rey —le respondí—, porque no tienes poder sobre los diez muros de agua que cercan su palacio. Pues sólo quien alcanza la plena libertad anda y actúa libremente.

Un tercero habló:

— Yo puedo transmitir sabiduría con mis manos, y la doy a todo aquel sobre quien las imponga.

— ¿Qué clase de sabiduría transmites? Pues hay diez tipos de sabiduría y cada uno explica sólo una porción de la verdadera esencia.

Él explicó qué clase de sabiduría era capaz de transmitir.

— En ese caso, no podrías salvar a la hija del rey —repliqué—, porque no podrías descubrir y reconocer sus diez aflicciones. Sólo quien otorgue la plena y total sabiduría conocerá lo que está oculto.

Un cuarto dijo entonces:

— Yo podría atrapar las alas de la tempestad y gobernarlas con mis propias manos.

— ¿Qué clases de tempestades eres capaz de dominar? —le pregunté—, pues hay diez tipos de tempesta-

des y cada uno entona su melodía y te la enseña, si eres su amo y señor.

Él explicó qué clases de tempestades era capaz de dominar.

— En ese caso, no podrías salvar a la hija del rey — repliqué—, porque no lograrías cantar ante ella las diez melodías que le devolverían la salud. Y las diez melodías se esconden en la fuerza de las diez clases de tormentas.

Entonces ellos me preguntaron:

— ¿Y cuáles son tus poderes, que te permites dirigirte así a nosotros?

— Puedo hacer todo cuanto hacéis y también lo que no podéis. He abierto todas las cárceles y cerrojos de la tierra y me paseo libremente por las nubes. Tengo poder sobre todos los dardos y flechas y extraigo de las heridas todos sus venenos, cuyos efectos anulo. Soy capaz de transmitir todos los tesoros de la sabiduría y de descubrir todos los secretos. Puedo uncir a mi carro todas las tormentas y he aprendido cada una de sus melodías. Yo sí soy capaz de salvar a la hija del rey y para probarlo, os contaré su historia:

Sucedió hace algún tiempo que un príncipe quiso seducir a la hija de un rey y empleó todos los medios posibles para hacerla suya. Logró conseguir sus propósitos, pero pocos meses después, el príncipe tuvo un extraño sueño; vio a la hija del rey que, colocada sobre el lecho, le apretaba el cuello con las manos hasta estrangularlo. Convocó entonces a sus magos y adivinos y éstos le dijeron que el sueño era una advertencia de que moriría por causa de ella.

El príncipe no sabía qué decisión tomar; no quería mandarla matar al verla tan joven y hermosa; tampoco quería echarla del palacio porque no se sentía capaz de soportar su ausencia ni de saberla algún día junto a otro hombre; pero temía continuar como hasta entonces y que se cumpliera el fatídico sueño. Los temores y las dudas hicieron que el príncipe comenzara a mirar a su amante con desconfianza, y el miedo se reflejaba en sus ojos y en sus palabras. La hija del rey se sintió primero desconcertada y luego ofendida ante un cambio tan brusco para el que no hallaba explicación. De tal modo, fue desapareciendo el amor que le tenía y comenzó a temerle y a evitar su presencia. Un día, decidió escapar y, huyendo del príncipe, llegó al castillo de agua que, resguardado por diez muros de olas, se alzaba sobre un torrente. Nadie podía acercarse sin ser devorado por las aguas.

Cuando la hija del rey llegó ante el primer muro, miró detrás de sí y vio que el rey la perseguía junto con su séquito. Como no había otro camino para escapar de él, se detuvo, apoyó la cabeza contra el muro de olas, cerró los ojos y oyó a sus espaldas los cascos de los caballos, ante sí el ruido de las aguas y le pareció mejor morir antes que retornar a su infortunada vida junto al príncipe. Entonces se arrojó al torrente, que en lugar de tragarla, la sostuvo. Los muros de agua se abrieron y atravesó las diez puertas para entrar en el palacio de agua. El rey, que lo había visto todo, ordenó encendido de cólera a sus arqueros que dispararan sus flechas contra ella, pero no la alcanzaron. Sin embargo, a la entrada del palacio, la joven se detuvo para mirar por última vez al príncipe, y las

últimas diez flechas emponzoñadas atravesaron su corazón y cayó sobre las olas, herida y envenenada. Pero en lugar de tragarla, las olas la llevaron suavemente al interior del palacio y la tendieron sobre un lecho.

Cuando el príncipe intentó seguirla con sus huestes para rematarla, las olas se volvieron contra ellos y los devoraron.

Ahora el tiempo se ha cumplido, se ha escuchado el mandato y ha llegado el momento de liberar a la princesa.

Entonces entré en el palacio de agua, atravesé los muros, sané las heridas del corazón de la princesa y anulé la acción del veneno.

Ahora, hijos míos, como regalo de bodas, os doy la fuerza de mis manos y repito la bendición que una vez pronuncié sobre vosotros, que seáis como yo.

Los jóvenes se sintieron colmados de dicha y las celebraciones nupciales prosiguieron.

Aquí debemos concluir. No nos es dado ahora escuchar la historia del séptimo mendigo, porque aún no somos dignos de ella y esto es un gran dolor. Y Él nos ha revelado que no seremos dignos de oírla hasta la llegada del Mesías. Que nos sea concedido que venga pronto, en nuestros días, y que podamos verlo con nuestros propios ojos. Amén.

Escuelas de Misterios está compuesta por las siguientes secciones:

Sección Editorial

Escuelas de Misterios Ediciones, S.L., publica libros de autores excepcionales de la enseñanza esotérica y sus instructores, así como la revista especializada “Escuelas de Misterios”.

Sección Pedagógica

Sostiene las actividades de Kabbalah Society Spain, escuela de Kabbalah de tradición oral que desarrolla actividades de enseñanza graduada de la Santa Qabalah, Kabbalah clásica y Sagrado Tarot, así como seminarios, congresos y cursos específicos sobre temática iniciática.

Sección de Investigación

Promueve viajes de estudio a lugares de peregrinaje espiritual. “Kabbalah en Israel”, “El Peregrinaje del Éxodo (Egipto, Jordania e Israel)”, “Inglaterra iniciática” y “Portugal templario” son algunos ejemplos.

Más información

Escuelas de Misterios. Tel: +34 93 302 74 76

Via Layetana 59, Principal. 08003 Barcelona. España.

info@escuelasdemisterios.es · www.escuelasdemisterios.es

El punto de encuentro de los estudiantes espirituales
está en www.escuelasdemisterios.es

The screenshot shows the website interface for 'Escuelas de Misterios'. At the top, there is a navigation bar with links for 'Revista', 'Opencenter', 'Escuela', 'Eventos', 'Editorial', and 'Venta'. Below this, a red banner contains the text 'Escuelas de Misterios - De cara al III Congreso Las Puertas de la Luz - Portada' and a 'Iniciar sesión' button. The main content area is divided into several sections:

- Imprescindibles:** A row of three book covers: 'Adeptos', 'La Kabbalah - envidia', and 'Misterios de la Vida'.
- Seminario - 07/06:** A featured seminar titled 'Poderes psíquicos - Siddhis' with a date of 07/06. It includes a video player and a list of topics: 'Poderes psíquicos - Siddhis' and 'Inscripciones abiertas'.
- Destacado:** A featured article or video titled 'La Escuela de la alegría' with a date of 2009-03-24 15:06:18.
- Buscar:** A search bar with the text 'Buscar...'. Below it, there is a 'Publicidad' section for 'iniciatica.com'.
- Noticias:** A news section with a sub-header 'Eventos' and a main article titled 'Seminarario: Poderes Psíquicos (Siddhis)' dated 2008-05-19 18:13:14. The article text describes a seminar on the development of psychic powers (siddhis) and lists topics like clairvoyance, psychometry, and planetary psychometry. It also includes a 'Poder espiritual, Seminario, Siddhis' tag and a 'DVD' section for 'El Arquetipo Divino del Ser Humano, nuevo DVD' dated 2009-03-08 16:07:07.
- José Luis Caritg:** A section for the director of the schools, featuring a photo and the text 'La vida espiritual desde el punto de vista de José Luis Caritg, director de Escuelas de Misterios'.
- Menú:** A sidebar menu with categories like 'Editorial', 'Audiolibros', 'Autores', 'DVD', 'Libros', 'Productos', and 'El Blog de José Luis Caritg'.
- Categorías:** A list of categories including 'Editorial', 'Audiolibros', 'Autores', 'DVD', 'Libros', 'Productos', 'El Blog de José Luis Caritg', 'Escuela', 'Eventos', 'Podcasts', and 'Revista'.
- Páginas:** A list of pages including 'Inicio', 'Contacto', 'Acerca de', 'Política de Privacidad', and 'Términos'.

Tel: +34 93 302 74 76